

## El Crimen de Madrugá

# ACUSA A SU CAPITAN DE TORTURAR, ASESINAR Y QUEMAR A CASTELLANOS



El soldado rural Pedro Antonio Soto, preso en Columbia, acusa directamente a su capitán, Prudencio Sosa Blanco, de haber atropellado salvajemente primero, y quemado después, al campesino de Madrugá, José Ramón Castellanos.

Momentos en que los milicianos Ismael Piloto, Pablo García Alzola y Guillermo Alvear, del Escuadrón 52 de San José de Las Lajas, recordaban al rural Soto las veces que habían sido atropellados por él durante el régimen de Batista.



Sensacionales declaraciones del soldado Pedro Antonio Soto. Se clasificó a sí mismo como uno de los tres testigos presenciales del crimen.— El hallazgo del esqueleto en San José de las Lajas.— Apasionado careo en las prisiones del Príncipe.— La entrevista con la viuda de José Ramón Castellanos.— Una amenaza y un entierro.

EXCLUSIVO PARA "BOHEMIA"

por PAQUITA CAO

FOTOS DE RAFAEL TACORONTE.



Un grupo de familiares, amigos y milicianos del "26 de Julio" contemplan el esqueleto del campesino Castellanos, tal como fuera hallado quince días después de haber sido torturado y quemado por el capitán Sosa Blanco y sus rurales. El féretro lo obsequió un amigo. En la foto, entre otros, el teniente Ismael Piloto, los milicianos Onilda Martínez, Armando Hernández González, Pablo García Alzola, Ramiro Medina y un hermano de la víctima, Manuel Castellanos Martínez. Lugar: Cementerio de San José de las Lajas.



**NADA** ha podido suavizar la tremenda expresión de dolor, rabia e impotencia que presenta lo que fuera rostro del campesino José Ramón Castellanos Martínez, torturado, asesinado y quemado el pasado 29 de diciembre por el sanguinario de capitán de la Guardia Rural, Prudencio Sosa Blanco y cinco de sus incondicionales soldados, por haberse negado a decir lo que sabía de sus compañeros revolucionarios radicados en Madruga.

A los quince días de efectuado el bárbaro suceso, su esqueleto fue hallado entre unos matorrales situado a la mano derecha del camino a Nazareno, a kilómetro y medio del cementerio de San José de las Lajas. Sin un pedazo de su carne joven. Sólo huesos. Con las cuencas de sus expresivos ojos vacías. Y su boca horriblemente abierta, mostrando la ausencia de sus dos dientes incisivos, arrancados a culatazos. Y en toda su desnudez, la mueca del más gráfico dolor humano sentido en los culminantes momentos de la tortura. Un dolor que pasó los límites de lo terreno y se incrustó —por lo tremendo— hasta en el mismo campo de la muerte.

—¡José Ramón Castellanos pagó



El segundo jefe del Cuartel de la Guardia Rural de San José de las Lajas, Evelio Díaz, lee a nuestra compañera Paquita Cao, el informe de la comisión investigadora que conoce el caso por asesinato del campesino Castellanos. En la mesa, como testimonio de prueba, parte del pelo encontrado en el lugar donde fue quemado el campesino, tierra con sangre coagulada y dos de los troncos usados por los verdugos para animar la candela. En la foto, el miliciano José Antonio Govea, el teniente Piloto y los también milicianos Adalberto Mederos y Armando Hernández.

caro su esfuerzo por libertar a Cuba!

Eso es lo que repetían los que fueron a contemplar su esqueleto, completamente seco de músculos, pero con las huellas muy precisas, de todo lo que lo torturaron sus verdugos.

#### El culatazo de gracia

Una cavidad profunda se destaca en la calavera de Castellanos, en lo que fuera su mejilla derecha.



Obsérvese la horrible mueca de dolor y la cavidad que dejó la culata de la carabina del capitán Sosa Blanco en lo que fuera mejilla derecha de Castellanos.





Esta es la última foto de la familia Castellanos-Fundora, cuando todos disfrutaban juntos su gran felicidad. Data de sólo unos meses. De izquierda a derecha, la hija mayor Gisela; la señora Clara Josefa Fundora, el menor José Ramón, el campesino asesinado por los criminales rurales, José Ramón Castellanos y Graciela.

—Por ahí—, según aseguró enfáticamente uno de sus verdugos, Pedro Antonio Soto, entrevistado en la prisión de la Ciudad Militar de Columbia— el capitán Prudencio Sosa Blanco (hermano del tristemente célebre Jesús) le incrustó con toda su fuerza y furioso porque Castellanos se negaba a delatar a sus compañeros, la culata de su carabina. ¡Fue un terrible culatazo!

Soto contó en Columbia, impulsado primero por el careo que se le impuso a su compañero Silbilo Alsina Vega, y por las preguntas de la reportera después, lo sucedido al campesino y padre de

familia José Ramón Castellanos Martínez, de 36 años de edad, desde que fuera detenido la noche del 28 de diciembre último en su finca "Emilia" de Madrugá, hasta que torturado, asesinado y quemado, dejaron su cuerpo en un recordo del camino vecinal al Nazareno, en San José de las Lajas, un día después.

—Yo no hice nada. Sólo observaba como el capitán Sosa Blanco lo torturaba en el cuartel y después de ultimarlo a golpes y a culatazos lo introducía en un saco y lo llevaba en su automóvil al lugar donde apareció abandonado.

"Yo no soy asesino, sólo un subalterno atomizado de mi capitán", dice el soldado Soto, mientras el miliciano del "26 de Julio" Pablo García, lo observa con desprecio.



## ACUSA A SU CAPITAN DE... (Continuación)

Manifestó Soto que el campesino Castellanos fue quemado antes de ser abandonado en los matorrales, para que no pudiera ser identificado.

Pedro Antonio Soto, un simple soldado, que ingresó en la Guardia Rural en 1942 para no ascender de grado jamás, a juzgar por los campesinos de Güines, Madrugá y San José de las Lajas, fue uno de los rurales más odiados en esas zonas durante el pasado régimen batistiano. El repudio sentido en esos

gaba constantemente a mis amigos y familiares cercanos para averiguar con males artes mi paradero. Los palos de ese sicario batistiano cayeron repetidas veces y con ensañamiento en nuestros cuerpos, y a veces, para cogernos más fácilmente se presentaba a los pueblos vestido de paisano —manifestó el miliciano Pablo García Alzola.

Ambos jóvenes y el soldado revolucionario Guillermo Alvear presenciaron el interrogatorio que le hizo la reportera al número Pedro



En este claro de matorral, situado a la vera del camino a Nazareno, kilómetro y medio del cementerio de San José de las Lajas, el capitán Sosa Blanco y sus cuatro cómplices, dejaron abandonado —tras de quemarle su ropa y sus carnes— el cuerpo del campesino Castellanos. De izquierda a derecha: Sergio Moscaró (investigador), Ramiro Medina (investigador), Guillermo Alvear (miliciano), José Ramón Padilla (miliciano) Ismael Piloto (teniente), Pablo García Alzola (miliciano), Armando Hernández González (miliciano) y los investigadores Bernardo Hernández García y Raúl Barroso Vargas.



"Yo sólo pido que me entreguen a los asesinos de mi esposo"... dice llorosa la viuda, señora Clara Josefa Fundora.

tres pueblos por él, se expresó en toda su crudeza el día 2 de enero. Decenas de hombres de todas las edades y posiciones sociales se lanzaron a la calle en su busca para apresarlos y tomar venganza por sus propias manos.

—Ese verdugo amarillo—, dijo una de sus víctimas, el teniente del "Movimiento 26 de Julio", Ismael Piloto— quemó mi casa, insultó con duras palabras a mi esposa Gladys Roque Dávalos y pe-

Antonio Soto, en la prisión de Columbia. E hicieron sus descargos personales ante el que calificaron de "monstruo".

El "verdugo amarillo" se mostraba manso y hablaba en voz suave de tonalidades bajas. El teniente Piloto fue el primero que habló, incapaz de contener la indignación que llevaba dentro:

—¿Me reconoce usted, asesino?

—Nunca lo he visto a usted y no soy asesino —murmuró más que